

DESTINO DE GIGANTE

El escritor Jorge Consiglio reflexiona sobre la tensión existente entre realidad y representación y cuenta los orígenes de su novela *Hospital Posadas*.

Jorge Consiglio

Nació en Buenos Aires en 1962 es licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeñó como profesor de Semiología. Ha escrito artículos, poemas y cuentos cortos para diversos suplementos culturales nacionales y extranjeros. Publicó cuatro novelas: *El bien* (2003, Premio Nuevos Narradores de Editorial Opera Prima de España), *Gramática de la sombra* (2007, Tercer Premio Municipal de Novela), *Pequeñas intenciones* (2011, Segundo Premio Nacional de Novela y Primer Premio Municipal de Novela) y *Hospital Posadas* (2015); los volúmenes de relatos: *Marrakech* (1999), *El otro lado* (2009, Segundo Premio Municipal de Cuento) y *Villa del Parque* (2016) traducido al inglés, y cuatro libros de poesía: *Indicio de lo otro* (1986), *Las frutas y los días* (1992), *La velocidad de la tierra* (2004) e *Intemperie* (2006).

En la historia de la literatura, hay dos posiciones con respecto a los temas sobre los que se articulan los relatos. Hay autores que afirman que cada texto está determinado por un tema diferente y que, incluso, la voz que usan para enunciarlo – esa alquimia compleja en la que participa la sintaxis y un uso personal del lenguaje – es distinta de la que usaron antes y de la que usarán más adelante en sus ficciones; hay otros, en cambio, que dicen que siempre escriben sobre lo mismo, aseguran que no varían el asunto de sus obras sino que, en cada una, encuentran una forma peculiar para reformular la misma idea fuerza que sostiene –y unifica– el conjunto. Estas cuestiones centrales son verdaderos nodos de sentido que impregnan los relatos y ayudan a consolidar el universo simbólico de la totalidad; es decir, no se trata de meras obsesiones, sino que, sin dejar de serlo, se convierten en posibles claves hermenéuticas para vislumbrar el alcance profundo del texto. Si tenemos en cuenta a los autores de este último grupo, se da el caso de que los enlaces de significación de los que venimos hablando se ligan a lugares concretos en el marco de la ficción; me refiero a geografías determinadas que sirven como escenario. Hay varios ejemplos de esto que digo. Recorro a dos. Uno es el condado ficticio de Yoknapatawpha, ubicado al oeste del Misisipi, que abarca 6.200 kilómetros cuadrados y conforma el corazón dramático de la obra de William Faulkner. En este espacio –más de la mitad cubierto por bosques– se desarrolla la trama de gran parte de sus novelas y relatos. El otro caso emblemático es el de Santa María, territorio ficcional de la producción del uruguayo Juan Carlos Onetti.



Si bien estos microcosmos no tienen un referente real concreto, se reconocen en ellos rasgos de los lugares que sirvieron como matriz para fundarlos. Pero lo que quiero destacar es que estos espacios no son solo un marco escénico, sino que resultan funcionales para potenciar y ampliar las ideas centrales de los textos. En otras palabras, tanto Yoknapatawpha como Santa María -extensiones vigorosas, nítidas y simbólicas- resultan ingredientes fundamentales en el esquema connotativo de las obras.

A lo largo de los años, el Hospital Posadas sembró en mi vida vestigios que no podían dejar de interpelarme.

En el prólogo a *El astillero*, la primera novela de Onetti, Hortensia Campanella anota una idea que viene a cuento: “La fabulación necesita un ámbito, pero ese espacio se construye desde la fábula misma: el juego es definitivo”. A partir de este concepto, de esta interacción concluyente entre la acción y el medio, es que se impone la figura del Hospital Posadas como núcleo ficcional. El Posadas, ese titán de cuatro cuerpos que se alza en el oeste, pide ser visto, lo exige. Tiene tanto de templo como de laberinto. Su complejidad, su forma de conjugar opuestos, su mística -toda una metafísica- lo vuelve un lente de aumento. El Posadas funciona como el *aleph* borgiano: “punto donde convergen todos los puntos”. La Historia Nacional se incrusta y, de cierta manera inusual, blindada sus paredes, pero sus ladrillos también amparan un tramado infinito de historias personales. El Posadas es de trazo grueso, de tono brutal, categórico. Supone desmesura o, mejor, la encarna.

Es extraña la manera en la que la vida sugiere rumbos o determina caminos. Por momentos, parece que existiera una lógica subrepticia que dispone señales que orientan la ruta del que está dispuesto a leerlas. Hay una tensión entre esas marcas y sus receptores, una especie de dialéctica: las señales deben ser visibles, pero sólo para los destinatarios cuya atención esté dispuesta. A lo largo de los años, el Hospital Posadas sembró en mi vida vestigios que no podían dejar de interpelarme. El primero tuvo que ver con el trabajo. Durante un par de décadas, fui empleado de un laboratorio oftalmológico y uno de los hospitales que me tocó visitar fue, justamente, el Posadas. De esta etapa tengo dos imágenes poderosas: una

se relaciona con el tráfico incesante de gente en los pasillos, un ir y venir tenaz, un movimiento continuo -como un flujo circulatorio- que involucra la indignancia y, en casi todos los casos, la desesperación; la otra tiene como eje a una mujer que espera, está parada frente a una puerta, fija -con un estatismo casi mineral- durante horas.

Alguien le debe una respuesta impostergable, es evidente hasta en la demora con la respira. Podría recurrir a otros recuerdos más sensoriales; sin embargo, me parece que tanto el frenético discurrir de personas como la inmovilidad de esa mujer, que parecía fuera del tiempo -calzaba zapatos negros llenos de barro y llevaba puesto un pullover tejido a mano-, dan cuenta mejor del ritmo de una institución que, de movida, se planta frente a un mundo implacable: las manos que se levantan pidiendo ayuda son infinitas.

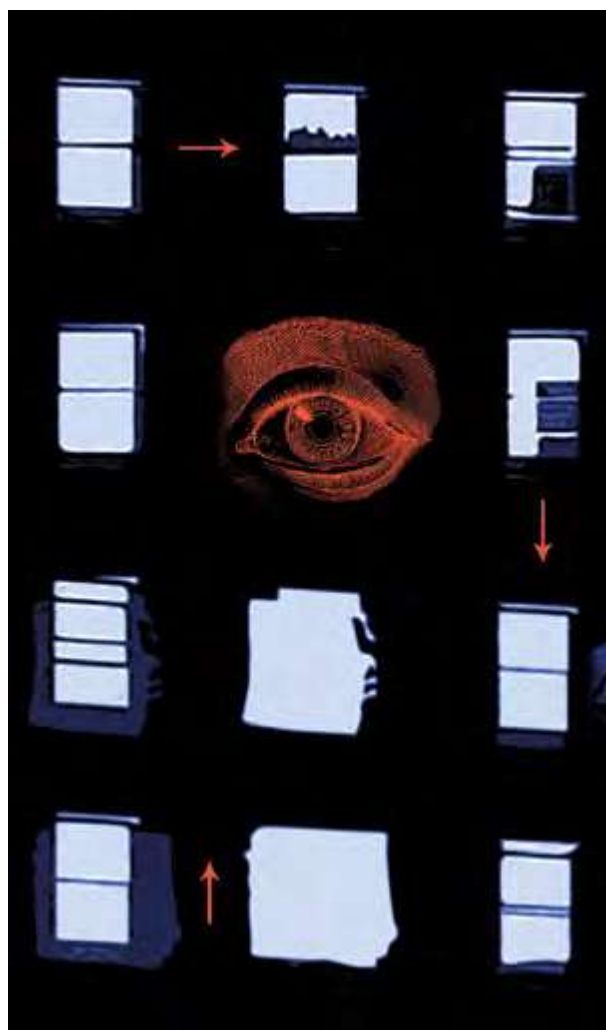
La segunda huella del Posadas me llegó a través de la amistad. En la secundaria, tuve un compañero de estudios que, con los años, se convirtió en mi hermano. Es una de las mejores personas que conozco: íntegro, genuino y -valga en este caso la redundancia- dueño de un sobrio laconismo. Mateos, de apellido. Le decimos El negro. Es un médico excepcional y trabaja como cirujano en el Posadas. Él me dio otro punto de vista del hospital. A través de sus relatos, entreví la complejidad administrativa, la perversión de un sistema de salud diseñado por especuladores y el amplísimo abanico -en el marco de una institución, que es como decir dentro de una habitación cerrada, con poco aire y sin ventanas- de gestos humanos que van desde la solidaridad absoluta hasta el cinismo irredimible. El negro Mateos es un narrador oral formidable.

Cuenta algo y dan ganas de anotarlo en un papel. Y en muchas ocasiones, eso hice. Escribí dos novelas con sus relatos. Una es *Gramática de la sombra*; la otra, *Hospital Posadas*. Recuerdo que una vez me describió el estado del quirófano después de una cirugía: los desechos, el caos de flujos sobre la camilla y en el piso, la temperatura -el calor, sería mejor decir- de la faena. Parecía la reseña de una batalla del siglo XIX. Se detenía en detalles, en apariencia menores, y a partir de ellos levantaba la escena como si fuera la bandera argentina que está frente a la Casa Rosada. Había algo épico en el cuadro, era mucho más -sustancioso, complejo, vital, nutritivo- que una enumeración de desperdicios.

Lo que narraba Mateos en esa secuencia tenía un alto contenido ideológico; se trataba, ni más ni menos, que de su punto de vista sobre la urdimbre nacional. Porque -es absolutamente inevitable- cuando uno roza el Posadas con el lenguaje, habla del hospital pero también del país que lo contiene. No hay forma posible de establecer una dicotomía.

El tercer indicio que hizo que el Posadas se convirtiera en escenario –en atmósfera, en protagonista– de lo que escribo, se relaciona con un episodio personal. A los 20 años, salí con una chica cuyo cuñado había sido represor del Proceso. El tipo era fiel al estereotipo que representaba: un bigote espeso le cruzaba la cara, usaba su tamaño y su peso físico para amedrentar, no hacía nada en todo el día, se movía en el terreno de la ambigüedad con una destreza asombrosa. Nunca se tenía nada claro sobre él. ¿Era policía o militar? ¿Estaba activo o lo habían pasado a retiro? Era escurridizo como una anguila. Además, adiestrado por el despotismo y la autocracia, se movía con la libertad de los impunes.

Se jactaba de sus crímenes y excesos, solía evocarlos en los asados, al calor de las brasas. Pero, justamente, esa seguridad de saberse más allá de la ley hizo que cometiera un ilícito –una estafa grosera– y cayera preso. Nuestro vínculo con la chica no prosperó y yo dejé de tener noticias de aquel asunto. Pasaron las décadas, casi tres. El asunto termina en el Posadas. Por esas vueltas de la vida, me entero de que, empobrecido y enfermo, el cuñado de mi ex novia, el represor que se enorgullecía de haber pateado puertas con Guglielminetti, se fue a atender al hospital. Por las referencias que me dieron, cambió mucho su aspecto físico; sin embargo, hay un rasgo que conserva inalterado: su autoritarismo. Definitivamente, este último episodio terminó de cerrar el círculo y propició la escritura. Entonces tuve un poco más en claro la cronología histórica de la institución. Leí sobre el operativo bestial que comandó el dictador Reynaldo Bignone –que en ese momento era delegado de la Junta Militar en el área de Bienestar Social– el 28 de marzo de 1976 y que tuvo como objetivo desarmar la organización sindical y quebrar todo intento de participación social en el hospital. También supe que en el Chalet –que había sido la vivienda del director–, ubicado dentro del predio del hospital, funcionó un centro clandestino de detención y tortura al que fueron llevados ilegalmente trabajadores del Posadas y vecinos para someterlos a los peores vejámenes, y que muchos de ellos permanecen desaparecidos. Me enteré, además, de la acción de un grupo (autodenominado SWAT por una serie televisiva de la época) integrado por ex policías y militares exonerados de la fuerza que –armados hasta los dientes– merodeaban los pasillos del Posadas, torturaban en el Chalet y practicaban tiro al blanco en los jardines del hospital. En el 83, con la llegada de la democracia, las cosas tomaron otro color. Solo para dar un ejemplo: el Chalet –la CONADEP confirmó con pruebas que allí funcionó un centro clandestino– fue sede de una escuela primaria y, más tarde, de una escuela de enfermería. Y el 19 de agosto de 2015, el Poder Ejecutivo lo declaró lugar histórico nacional.



**Mateos, de apellido.
Le decimos El negro.
Es un médico
excepcional y trabaja
como cirujano en el
Posadas. Él me dio
otro punto de vista
del hospital.**

El Posadas es sincero con su aspecto ciclópeo. Hay algo extraordinario y dramático, shakesperiano, en su naturaleza, que se cifra tanto en su complejidad –casi ministerial– como en su historia. El Posadas que escribo, el de la novela, tiene relación directa con el real, pero –aunque sea una redundancia lo anoto– es otro, distinto, ficcional, pura representación. El Hospital Posadas, el que se yerque en Palomar, se impone como figura. No hay manera de pasar por alto a los gigantes. ■